

CRISIS Y CAPITALISMO FINANCIARIZADO

LA EXPLOSIÓN DE LA DESIGUALDAD

ISABEL DE LA CRUZ GARCÍA
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
<ISABEL.DE-LA-CRUZ@UV.ES>

ANDRÉS PIQUERAS INFANTE
DEPARTAMENTO DE DE FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA
UNIVERSITAT JAUME I DE CASTELLÓN
<PIQUERAA@FIS.UJI.ES>

Recepció: noviembre 2014; acceptació: diciembre 2014

R E S U M E N

EL ARTÍCULO EXPONE UN CONJUNTO DE CONSIDERACIONES TEÓRICAS SOBRE LAS RAZONES ESTRUCTURALES DE LAS CRISIS Y GRANDES CRISIS EN EL CAPITALISMO HISTÓRICO, ESTABLECIENDO LAS DIFERENTES RESPUESTAS QUE HISTÓRICAMENTE SE HAN DADO A LAS MISMAS. SU OBJETIVO ES ANALIZAR EL CONJUNTO DE PROCESOS QUE PRETENDEN CONSTITUIRSE EN UNA VÍA DE SALIDA DE LA PRESENTE GRAN CRISIS Y MOSTRAR CÓMO AQUELLOS, A DIFERENCIA DE LO QUE OCURRIÓ EN LA ANTERIOR CRISIS DE LARGA DURACIÓN, HAN CONDUCIDO A UN NUEVO PROCESO DE DESPOSESIÓN PAREJO A UNA INESTABLE FINANCIARIZACIÓN DE LA ECONOMÍA, ASÍ COMO A UN AUMENTO EXPONENCIAL DE LA DESIGUALDAD SOCIAL, MOTIVADO ESTE ÚLTIMO SOBRE TODO POR LA DEPRECIACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO. MEDIANTE LA FACILITACIÓN DE DATOS Y EL RAZONAMIENTO TEÓRICO-INDUCTIVO, EL ARTÍCULO MUESTRA UNA PROFUNDIZACIÓN EN LA PAUPERIZACIÓN ABSOLUTA Y RELATIVA DE LA POBLACIÓN, A TRAVÉS NO SÓLO DE LA DESIGUALDAD DE CLASE, SINO TAMBIÉN DE GÉNERO, ETNIA U ORIGEN Y GENERACIÓN. TODO LO CUAL ABRE, ADEMÁS, UN PERIODO DE ALTA INESTABILIDAD SISTÉMICA.

PALABRAS CLAVE:

CRISIS, FINANCIARIZACIÓN, DESPOSESIÓN, DESIGUALDAD, DESGOBERNANZA.

1. PRESUPUESTOS TEÓRICOS. LAS RAZONES ESTRUCTURALES DE LA CRISIS

La automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que es inherente a la acumulación capitalista, hace que la

utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido tienda a ser significativamente menor, provocando una tendencia hacia la eliminación de empleos y lo que es realmente grave para el funcionamiento capitalista, una sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se

es capaz de generar. La sobreproducción de capital es una sobreproducción de mercancías como medios de producción cuando el valor producido por el capital invertido no incrementa lo suficiente o incluso llega a ser menor que el producido antes de la inversión. La consecuente desinversión contrae también la compraventa entre empresas capitalistas (los pedidos que unas se hacen a otras), rompe la cadena de cobros y pagos que se resuelve normalmente en la quiebra y cierre de empresas, incremento de la desocupación y depreciación del capital en funciones, incluido el capital variable, esto es, los salarios. Todo ello arroja una creciente cantidad de «capitales excedentes» que en buena parte o bien buscan su valorización en otros territorios, o bien adquieren la forma de activos financieros en pos de mayor rentabilidad.

En la primera opción la competencia por atraer aquellos capitales excedentes se transforma en competitividad de los más exitosos, que no es otra cosa que su eficacia en explotar en mayor grado a su fuerza de trabajo o en «ofrecer» una fuerza de trabajo más disciplinada. De manera que si en una formación social se incrementa la tasa de explotación, se prevé que en principio aumente también su capacidad para atraer flujos internacionales de capitales productivos (y financieros). Tal suposición comienza a tener menos probabilidades de realizarse, sin embargo, cuando todas las formaciones sociales «compiten» por lo mismo en los mismos términos. Además, la inversión externa directa de capitales tiende a trasladar parecidos problemas de sobreacumulación a zonas periféricas que hasta entonces se hallaban fuera de esa contradicción. Más adelante veremos a qué conduce la segunda opción, la financiera.

Hay, pues, históricamente, una tendencia a la sobreacumulación de capital en relación a su capacidad de generar ganancia. Proceso que se agrava con la aceleración de la propia competencia técnica intercapitalista y la trepidante batalla en torno al I+D, que deviene cada vez más onerosa, dado que la rápida caducidad tecnológica no permite la satisfactoria amortización del capital invertido.¹ En realidad, la permanente revolución de la tecnología, en una también constante e implacable competencia, resulta a la postre una suerte de destrucción de fuerzas productivas, mas no siempre en su versión «creativa» schumpeteriana.

Sin embargo, esa tendencia, que está siempre ahí larvada, no tiene porqué manifestarse necesariamente en forma de cataclismos capitalistas. De hecho, históricamente ha sido contrarrestada a través de numerosos factores y procesos, tantos que a menudo aquella pareciera no tener ninguna manifestación real concreta, y ha llevado a buena parte de científicos sociales, incluso críticos, a negarla. La monopolización, la guerra, la expansión de la frontera y la posible formación de nuevos centros de acumulación preferencial, fueron los procesos contratendenciales de tipo «macro». Igualmente lo fueron muchos otros procesos puestos en marcha para contrarrestar la crisis de valorización del capital entre otros pasos y desplazamientos que veremos en los siguientes apartados.

Hay, en cambio, otro tipo de crisis estructural subyacente. Tiene que ver con las inadecuaciones entre la forma dominante de mediación social que adquiere históricamente la explotación capitalista (más o menos despótica, más o menos reformista o democrática, que se traduce en la naturaleza que adquiere el Estado en cada momento) y las plasma-

¹ Con la innovación tecnológica disminuye la edad media de la tecnología empleada, es decir, se reduce la vida media del stock de capital fijo. Conforme se reduce la vida media de la tecnología utilizada, el tiempo de producción disponible para transferir su costo al producto disminuye también. A partir de cierto punto, el costo de mano de obra por unidad de capital fijo empleado ya no disminuye sino que más bien aumenta, es decir, el costo de renovación aumenta más de prisa de lo que disminuye el costo laboral (con una vida media teórica del capital fijo tendente a cero, el costo laboral por unidad de capital fijo tendería a infinito). Con ello baja la tasa de retorno y se desmiente el supuesto de que la innovación tecnológica y la consecuente baja en la edad media de la tecnología conllevan a una mayor capacidad competitiva. El capital se desplaza entonces a aquellos lugares donde el desarrollo tecnológico es menor y también es más lenta la velocidad de sustitución tecnológica (formaciones periféricas), con menor precio, asimismo, de la fuerza de trabajo. No hay espacio en este artículo para detallar y dar profundidad explicativa a las diferentes claves de las crisis sistémicas capitalistas y especialmente la actual. Tenemos que remitir para ello a Piqueras (2014), donde se puede encontrar también amplia bibliografía al respecto.

ciones socio-institucionales y maneras de expresar la relación de clase que permiten el valor y la forma mercancía y gestionan la fuerza de trabajo de cara a optimizar su consumo productivo (es decir, la generación de plusvalía por mediación de los seres humanos). Estas inadecuaciones se traducen en crisis de regulación.

Cuando las crisis de regulación coinciden con las crisis de valorización provocan grandes conmociones internas del capitalismo, que le hacen mutar y, al fin, pueden poner en peligro su propia continuidad. Estamos en presencia, entonces, de las Grandes Crisis o Crisis de Larga Duración.

Éstas dejan indefectiblemente atrás una generalizada desvalorización de capitales (los menos «competitivos»), promueven el acrecentamiento del «ejército industrial de reserva» y una gran destrucción de fuerzas productivas, incluida la pauperización de la fuerza de trabajo, así como la rápida elevación de la tasa de ganancia de los capitales supervivientes (que tienen la posibilidad, por eliminación de competencia, de aprovechar mejor los últimos avances tecnológicos). Se inicia un nuevo ciclo de acumulación, pero con diferentes formas de gestionar los procesos productivos y de establecer la mediación social. También se modifican las dinámicas de generación y apropiación del plusvalor.

Las Grandes Crisis trastocan asimismo la geografía de la acumulación, trasladando la dinámica principal de la misma hacia otras localizaciones. Lo que quiere decir que otras formaciones socio-estatales son susceptibles de convertirse en nuevos centros sistémicos.

2. CRISIS, ACUMULACIÓN, EXPLOTACIÓN Y DESPOSESIÓN

El capitalismo histórico ha padecido dos Grandes Crisis de Larga Duración, que se separan entre sí por un siglo de distancia y que han dado lugar a dos cambios sistémicos de modelos de crecimiento o Grandes Mutaciones capitalistas.

La primera Gran Crisis comenzó en los años 70 del siglo XIX y, tras un breve repunte ascendente de mediados de los años 90 del siglo XIX hasta mediados de los años 10 del XX,² convulsionó el planeta entero: dos Guerras Mundiales, un derrumbe económico generalizado en las formaciones sociales capitalistas, el mayor crack bursátil conocido por el capitalismo hasta hoy y también la mayor ruptura habida con el mundo capitalista, la Revolución Soviética. Igualmente desembocó, en las formaciones sociales centrales del capitalismo mundializado o Sistema Mundial, en la mutación más grave experimentada por este modo de producción hasta nuestros días. El capitalismo renunció a su funcionamiento puro para ser cada vez más asistido por el Estado a través del Departamento III o de servicios sociales, encargado de absorber la plusvalía que los otros dos (el de producción de bienes de equipo y el de producción de bienes de consumo, no podían reinvertir de cara a la acumulación). Esto lo transformó en un capitalismo social.

La segunda Gran Crisis se ha producido exactamente un siglo después, a mediados de los años 70. Y, con ciertos repuntes o altibajos, la arrastramos hasta la actualidad con todo el fardo dramático que ello implica. Dentro de ese fardo hay que contar con otra drástica y radical transformación en curso del capitalismo.

En los años 70 del siglo XX se hicieron evidentes los límites de los mecanismos anticíclicos keynesianos del capitalismo social. La pérdida de eficacia de éstos propiciaron las condiciones para abrir el camino a iniciativas de represión de la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas recesivas y de control del déficit y de la inflación, así como de fomento de la financiación privada. Serían las que presidirían en adelante por doquier las estrategias de gobierno de un capitalismo que iniciaba su dimensión transnacional.

Empezaba así una nueva intervención masiva del Estado en favor de una acumulación capitalista que (de nuevo) no mostraba fuelle por sí misma.

² Normalmente, la Larga Crisis iniciada en los años 70 del siglo XIX se entiende separada de la Gran Depresión de finales de los 20 en el siguiente siglo. Aquí, no obstante, la vamos a considerar como parte de una misma Gran Crisis que no se terminó de solucionar sino hasta la Segunda Postguerra Mundial, con la Primera Gran Transformación capitalista.

Pero ahora esa intervención se realizaba, con todo tipo de medidas, del lado de la oferta. El neoliberalismo sería la versión supraestructural encastrada en toda esta nueva modificación sistémica, que si bien ha dejado muchas dudas sobre su capacidad de propiciar acumulación sostenida, inclinó drásticamente la distribución del plusvalor en favor del Capital, favoreciendo una enorme concentración de la riqueza. Le compensaba, así, de alguna manera, de la falta de rentabilidad productiva. No hubo que esperar mucho para evidenciar los resultados procíclicos que ello entrañaba, más allá de las devastadoras consecuencias sociales.

El shock financiero-bancario de los años dos mil no es sino el resultado del fracaso en los intentos de escapar de la Segunda Gran Crisis, comenzada hacia 1973 y sólo parcialmente esquivada³ mediante la nueva mutación capitalista hacia un capitalismo híbrido, pero ahora basado en la exclusión y la crisis (dependiente también a escala mundial cada vez más de la guerra) como maneras de gestionar la relación Capital-Trabajo y, en general, la vida de las poblaciones, así como de convertir la Política en administración, eliminando toda la dimensión social («keynesiana») del capitalismo híbrido anterior.

Tenemos, entonces, que la salida a la Primera Crisis Sistémica se realizó mediante todo un conjunto de dispositivos económicos e institucionales tendentes a desarrollar la demanda, a través de un capitalismo híbrido que se vio forzado a reconocer a su fuerza de trabajo como parte de la ciudadanía. La salida a la Segunda Crisis de Larga Duración se ha venido llevando a cabo, en cambio, mediante procedimientos contrarios: deprimiendo la demanda (su capacidad adquisitiva real) y manteniéndola indirectamente a través del crédito-endeudamiento y la participación en la especulación financiera, como enseguida veremos. También a través del incremento de las tasas de plusvalía y de una mayor concentración del capital nutrida asimismo por un continuado y amplio movimiento de apropiación

de riqueza social por parte del Capital (a lo que se ha llamado también «acumulación por desposesión», Harvey, 2007).

Veamos, en orden a contrarrestar los obstáculos en la valorización, el Capital:

- Consiguió disminuir el coste de las materias primas. En general, reduce el valor de las mercancías que determinan el valor de la fuerza de trabajo, reduciendo también el valor de ésta.
- Ha efectuado una desvalorización, si bien insuficiente, de capitales obsoletos, a través de bancarrotas, anexiones y fusiones.
- Ha abaratado el empleo de capital constante: a) aumentando el volumen de producción (p.e. a través de la prolongación del tiempo de trabajo, con turnos ininterrumpidos, horas extras...); b) utilizando más racionalmente materias primas y energía, o ahorrando en medidas de protección laboral (seguridad social, condiciones de seguridad laboral...).
- Ha reducido en sus sectores más avanzados el tiempo de rotación del capital y de su renovación, acortando eficazmente el tiempo entre la producción y la venta.
- Los capitales excedentes han buscado crecientemente su valorización en localizaciones (por lo general periféricas) donde la composición orgánica del capital es todavía menor (incorporando mayor trabajo humano); o bien a través de la penetración final de sectores que todavía no estaban organizados plenamente de forma capitalista.
- A todo ello se ha sumado el intento de «inmaterialización» de la economía. Proceso perseguido a través de la «revolución informática», que combina formas de trabajo flexibles, reticulares, de auto-explotación, a las que se ha dado en llamar, en referencia a Bill Gates, «gatesianitas» (Lacroix y Tremblay, 1997).

³ La reestructuración o restauración pseudo-liberal no pudo aumentar los indicadores de crecimiento. En los años 60 del siglo xx el crecimiento de las economías centrales fue de 3,5 puntos, y de 2,5 en los 70 con políticas keynesianas, En los 80 fue de 1,4 y en los 90 de 1,1, con políticas neoliberales (Brenner, 2009; datos muy similares proporciona el Banco Mundial).

Pero la estrategia que sirvió de común denominador a todas las otras medidas fue el aumento significativo de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo. Se trató de una carrera competitiva «hacia el fondo» (bajo pena de pérdida de competitividad o de inversión de capital). Tal aumento se comprueba en la porción creciente que va a «capital», opuesta a «trabajo», en el producto nacional de las formaciones sociales centrales del Sistema Mundial (Harman, 2007). En EE.UU., país que marca tendencia para el resto del mundo capitalista, la tasa de plusvalía pasó de 1.71 en 1975 a 2.22 en 1987 y a 2,33 a mitad de los 90 (Moseley, 1991 y 1997).

Aquí radica uno de los elementos subyacentes o estructurales del aumento de la concentración de la riqueza y de la desigualdad social. Más aún si tenemos en cuenta que se complementó o combinó con otras dinámicas tendentes a la desposesión de la fuerza de trabajo y de la población en general, las cuales han sido bautizadas bajo la rúbrica de acumulación por desposesión (Harvey, 2007a) o despojo universal (a la manera de la «acumulación primitiva» de capital, o más bien como continuación e intensificación de ella). Ésta se ha expresado a través de los siguientes puntos:

- Privatización de la riqueza social y cultural acumulada a través de generaciones. Afecta, entre otros aspectos, a los servicios públicos (sanidad, educación, transporte, comunicaciones, etc.); infraestructuras (red viaria, instalaciones...) y patrimonio construido.
- Privatización también del patrimonio natural. Mercantilización de la naturaleza en todas sus formas.
- Apropiación de tierras. Eliminación de propiedades comunales o colectivas. Desplazamientos de poblaciones campesinas (sustitución de agricultura campesina o familiar por agroindustrias; intensificación de la desaparición de formas de producción y consumo no capitalistas).
- Mercantilización de los recursos genéticos.
- Derechos de propiedad intelectual o patentes sobre recursos ajenos.

- Empresarización y privatización de instituciones públicas (como las universidades e incluso la Administración).
- Apropiación militar directa de los recursos y materias primas más codiciadas.

Todo ello se complementaría con la compra de empresas y bienes de producción a través de dinero financiero, que permitió un colosal proceso de concentración y centralización del capital.

Este conjunto de procesos ha arruinado tanto el poder social de negociación de la fuerza de trabajo como su poder adquisitivo, deteriorando al tiempo el ciclo de acumulación capitalista. De todo lo cual podemos inferir, al menos, que el crecimiento capitalista presenta en la actualidad una relación harto problemática con el consumo o la esfera de realización de la ganancia, pues los intentos de solución de los problemas en el ámbito de la valorización (debido a la sobreacumulación), a través de la sobre-explotación, la desposesión o apropiación de la riqueza colectiva por la clase capitalista, agravaban en cambio las dificultades en la esfera de la realización (por depresión de la demanda paralela a la creciente desigualdad social y la concentración de la riqueza, lo que se traduce en sobreproducción de mercancías y de medios de producción).

El Capital creyó encontrar en las últimas décadas del siglo xx una vía de fuga (todavía recorrida hasta hoy) ante esas contradicciones, emprendiendo algunos «desplazamientos» productivos. Pero muy especialmente lo intentó a través de la financiarización económica.

3. EL NEOLIBERALISMO FINANCIERO O LA HUÍDA FICTICIA DEL CAPITAL

Al atascarse el proceso en el circuito primario de acumulación (donde se produce plusvalor según una dinámica de reproducción ampliada y donde los ciclos de valoración están en función de la producción y circulación de mercancías), se tienden a priorizar o acentuar tres tipos de desplazamientos: uno espacial dentro del circuito primario de acumulación, otro espacio-temporal hacia el circuito secundario y terciario de acumulación y un tercero

absoluto, renunciando a la acumulación, es decir, fuera de la producción.

Por otra parte, un conjunto de dispositivos económicos y extraeconómicos para relanzar la tasa de ganancia superando la crisis de realización ha sido, también, puesto en juego:

- Intensificación de la utilización decreciente de las mercancías como bienes de consumo. Obsolescencia física programada y acortamiento artificial de la vida media de productos básicos.
- Creciente nivel de subutilización crónica y el acortamiento artificial del ciclo de amortización de las maquinarias e instalaciones.
- Orientación de una mayor parte de la producción hacia el consumo sofisticado, o lo que es lo mismo, potenciación del consumo de las capas con medio-alto y alto poder adquisitivo de las sociedades centrales, así como de las tradicionales élites compradoras de las sociedades periféricas. Medidas que se complementan con la generación de nuevos sectores consumistas de las periferias «emergentes».
- Expansión del complejo industrial-militar para sustraer cada vez más producción del mercado (el Estado es en este punto un comprador seguro) e intentar paliar la sobreproducción.

Como puede inferirse fácilmente, el conjunto de medidas descrito conduce a la agudización del choque ecológico-energético para poder alimentar esta rueda de crecimiento, mostrando el gradual predominio de las fuerzas destructivas sobre las productivas. Además, el valor de cambio se manifiesta cada vez más contra los valores de uso de la Humanidad, con crecientes dinámicas de esquilamiento y destrucción.

LA HUIDA FINANCIERA

Todos los procesos descritos fueron compaginados con una «huída» del capital del ámbito productivo (dado que se hace crecientemente difícil

encontrar posibilidades de valoración) hacia el financiero-especulativo, lo que ha constituido una generalizada financiarización de la economía. Con ella, los Estados han hecho dejación de su soberanía, permitiendo que los Bancos Centrales se independicen de ellos mientras que ellos mismos pasan a emitir títulos de deuda en los mercados financieros mundiales, con lo que entran como cualquier otra entidad en el «rating internacional de riesgo» dictaminado por agencias privadas, obligándose a llevar a cabo políticas ortodoxas monetarias y fiscales subordinadas a los intereses del capital financiero internacional.

Para tener libre esa «salida» había que desmantelar primero los mecanismos de control financiero o las instituciones financieras keynesianas y desreprimir al capital de interés (desregulación del sistema bancario y de las finanzas) para posibilitar la base especulativo-rentista que caracterizaría en adelante al capitalismo tardío degenerativo. Al mismo tiempo, se da un creciente bombeo de la renta y el ahorro, (tanto presente como colocado en forma de futuras pensiones o ahorros de futuro) hacia los mercados financieros, agrandado la importancia de éstos, así como, en consecuencia, el aumento de las cotizaciones bursátiles. Se genera con todo ello una ingente masa de *capital ficticio* (para un mayor detalle, bibliografía y explicación de este último así como para los procesos descritos hasta aquí en este apartado, Piqueras, 2014).

Congruentemente con todo esto, y en orden a proporcionar su condición de posibilidad, el Estado asume su nuevo papel «neoliberal», el de regular y hacer entrar en la dinámica de acumulación principal los circuitos que hasta ese momento eran secundarios en la acumulación de capital (el suelo, la vivienda, las hipotecas). Para ello será fundamental una nueva gestión del territorio de cara a su valorización especulativa (lo que significa a la postre, la depredación del espacio, o del hábitat—como la economía ecológica no ha cesado de advertir—).

No se trata tanto de una pugna entre el capital financiero y el productivo. Lo que ocurre ante todo es que aquel primero se independiza crecientemente para buscar valorización por sí mismo, en lugar de aportar fondos para la inversión productiva. Se

alimenta así el mayor de los espejismos capitalistas: que el dinero se reproduce a sí mismo. El proceso elemental de la acumulación capitalista a través de la producción y reproducción ampliada del capital (D-M-D'), es crecientemente sustituido por la vía imaginaria de reproducción a partir del dinero por el dinero (D-D').

La gran masa de capital financiero va a desmenuarse, no obstante, una función de especial importancia para el capital productivo: abolir las delimitaciones de los espacios de valorización. A ello contribuye su creciente capacidad para pasar a gran velocidad (merced al desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación) de una zona económica a otra, de un sector a otro, moviéndose de forma ampliada.

Así que si por un lado la financiarización conduce a una hiper-competencia entre capitales (con fusión de los productivo-financieros más exitosos, como mega-oligopolios), por otro les despeja el camino frente al Trabajo, ayudando a socavar por doquier la regulación social del Sistema y a imponer, por contra, muy similares dispositivos de regulación unilateral por parte del Capital.

Por otra parte, se priorizan formas de crecimiento económico que no dependen del aumento de la capacidad productiva de la hora de trabajo. Un *crecimiento sin acumulación* que tiene, entre otras, una consecuencia especialmente importante para la gestión de la fuerza de trabajo, y es que el salario muestra una creciente arbitrariedad en su composición, se desconecta más y más de la medida de trabajo realizado, estando cada vez menos relacionado con cantidades concretas de tiempo relativas a unidades discretas de producción, para pasar a vincularse a la posición respecto de la jerarquía empresarial o a la relación que se tiene con ella, a la promoción personal (que entraña la competencia horizontal entre otros posibles ocupantes de esa posición); en detrimento, pues, de cualquier opción

identitaria laboral colectiva. Ni que decir tiene que el salario aumenta también, así, su poder disciplinador, y trasluce cada vez más lo que siempre se supuso que debía ser pero que nunca terminó de realizar debido a las resistencias del Trabajo: una medida arbitraria, un simple dispositivo de disposición y sujeción de la fuerza de trabajo (sobre esto último, Piqueras, 2011; para el conjunto de lo expresado en estos puntos hay una excelente síntesis en López y Rodríguez, 2010).

El ataque frontal al pilar keynesiano de indexación de los salarios a la productividad puede realizarse así de forma más eficaz e impune.

Tal desvinculación del salario respecto de la productividad y la débil capacidad contractual del capitalismo financiarizado conducen a una creciente *individualización del salario*.⁴ De la lucha por el salario como variable independiente, propia de la radicalización de la protesta del Trabajo en la fase final keynesiana, pasamos así a la dilución en aumento de la contraparte obrera en el conflicto Capital/Trabajo.

Las rentas financieras como consecuencia de la revalorización creciente de esos activos han venido siendo el sustituto de la aseguración colectiva. La *seguridad social*, que fue objetivo y resultado de las luchas seculares del Trabajo y que conformó el núcleo duro de la *mutación reformista* que permitió la sobrevivencia de la acumulación capitalista durante buena parte del siglo XX, iba siendo así sustituida por mecanismos de seguro individual (lo que se llamó «keynesianismo del precio de activos»). Todo ello iría indisolublemente unido a la entelequia del *individualismo propietario* como *convención financiera* dominante.⁵

De la mano de estos procesos ha tenido lugar una profunda modificación de los modos de pertenencia y acceso a los derechos respecto de los de la sociedad industrial clásica, en la que el trabajo era el principal medio de afiliación social y en la que

⁴ Durante el periodo keynesiano el salario indexado a la productividad podía ser mensurable y comprobable institucionalmente y pactada por tanto su vinculación de forma colectiva en el ámbito social.

⁵ Esta *convención* estaba basada a su vez en dos abstracciones ideológicas: el mercado como lugar de decisión neutral y objetiva, y el individuo como agente económico que toma sus decisiones aisladamente, de forma racional y en pos de la maximización de su beneficio, y que tiene la oportunidad de enriquecerse si se lo merece.

existía un consenso respecto al reconocimiento de la valía de la actividad laboral (e incluso en alguna medida, de su dignidad), que se constituía en la principal fuente de riqueza social y de posibilidades de vida de la absoluta mayor parte de la población.

Todo ello ha desembocado en un endeudamiento de las familias, que se exacerbó en los años 90 del siglo XX y en la primera década del siglo XXI hasta la crisis de 2007, especialmente en aquellos países que más tiraron del recurso financiero para «impulsar» la economía. Así por ejemplo entre 2001 y 2007, el nivel de deuda de los hogares aumentó un 80% en Estados Unidos; un 87% en el Reino Unido y, en España, un 168%. En 2007 y los años siguientes los hogares tuvieron más pasivos que activos.

Los resultados de los procesos descritos se muestran bastante concluyentes. A medida que la desigualdad del ingreso se acentúa, el sector más rico de la población (la clase capitalista financiera sobre todo) le presta a los trabajadores, cuyo apalancamiento aumenta en función de la disminución de su salario real. Las rentas financieras de aquellos primeros, por su parte, aumentan exponencialmente, dentro de una dinámica que podríamos llamar de *apalancamiento de la desigualdad*.

Por otra parte, si el Estado Social se constituyó en torno a la protección de la relación laboral y de la fuerza de trabajo implicada en ella, la financiarización de las economías familiares, los ataques desde diferentes fuentes al salario y la dilución de la propia relación salarial «han conseguido quebrar la constitución material de la sociedad del trabajo» (López y Rodríguez, 2010: 253).

La prestación laboral es sustituida de alguna manera por la propiedad en «activos» como principal fuente de renta. Mientras que el trabajo-empleo se ha ido convirtiendo cada vez más en una fuente de renta destinada a la compra de activos, consiguiéndose de esta guisa un ingente trasvase de los salarios a todo tipo de instituciones y artilugios financieros (forma extensiva de financiación).

La financiarización puede verse también, por tanto, como un conjunto de reglas sociales tendentes a homogeneizar los comportamientos de los individuos, como una forma de *biopoder* que facilita la subsunción de la circulación y reproducción

social dentro del proceso de valorización (Lucarelli, 2009). No sólo una manera de diluir la conflictividad inherente al salario y, en conjunto, de «huir» de las relaciones laborales, sino, mucho más aún, de generar complicitad del Trabajo.

Por eso, la financiarización, más allá de su dimensión «ficticia», se ha erigido en la forma predominante de seguir posibilitando la ganancia capitalista (frente a los atascos en las esferas de la producción y circulación). Para ello se da su creciente conversión en renta financiera (flujos de liquidez transferidos a las finanzas a través de títulos de propiedad sobre el plusvalor futuro). Los bienes y servicios de todo tipo pasan a ser transformados y gestionados en forma de activos financieros (López y Rodríguez, 2010: 78-79).

Estas medidas suponen un ingente trasvase de rentas del Trabajo al Capital, una inmensa apropiación de riqueza social por parte de la clase capitalista global. Con el neoliberalismo «estructura» y «supraestructura» se complementan para disparar la desigualdad social (lo que conlleva una seria contradicción entre valorización y realización) y en consecuencia también, la inestabilidad sistémica y la ingobernabilidad (contradicción entre acumulación y legitimación).

4. RESULTADOS: DESIGUALDAD, PAUPERIZACIÓN, PRECARIEDAD LABORAL, Y DILUCIÓN SOCIAL

LA EXACERBACIÓN DE LA DESIGUALDAD Y LA PAUPERIZACIÓN SOCIAL

Los resultados de los procesos descritos arrojan datos inequívocos al respecto.

En su informe sobre la participación de los salarios en el producto nacional, la OIT anunciaba en 2012 que en 16 economías de capitalismo avanzado la participación salarial media decayó del 75% del producto nacional en mitad de los años 70, al 65% en los años justo anteriores a la crisis de los años 2000, volviendo a decaer a partir de 2009. En otras 16 economías «en desarrollo» o «emergentes» estudiadas, el informe señala que esa participación media de los salarios cayó del 62% del PIB en los primeros años 90, al 58% justo antes de la actual crisis (OIT, 2012).

Por su parte, Oxfam publicaba el 20 de enero de 2014 un informe que desglosa cómo ha crecido, por contraposición, el porcentaje de participación en la renta del 1% más rico de la población en 24 de los 26 países que tienen registrados estos datos (The World Top Incomes Database). A escala global señala que el 10% más rico del planeta posee el 86% de los recursos, mientras que el 1% acapara cada vez más cerca de la mitad de la riqueza mundial (Oxfam, 2014).

Estos datos vienen reforzados por los del Instituto Mundial para la Investigación del Desarrollo Económico de la Universidad de la ONU (UNU-WIDER), en su informe de 2008, que mide la riqueza como el *valor neto* que los individuos tienen. El valor neto es el resultado del total del valor de activos físicos y financieros con el que aquéllos cuentan, menos los pasivos (digamos, lo que deben por créditos, préstamos, hipotecas, etc.). Esto se traduce en la propiedad de capital que tiene cada quien. Pues bien, según el UNU-WIDER, en el año 2000 el 1% de la población adulta del mundo poseía el 40% de los activos globales y el 10% tenía el 85% de éstos, mientras que la mitad de la población adulta mundial sólo contaba con el 1% del total de los activos. En cuanto al índice de Gini global, que mide la desigualdad (1 es la desigualdad total, 0 es la igualdad total), daba un resultado de 0.89; lo que significa que de cada 10 personas 1 se queda casi con el 99% de la riqueza, y las otras 9 con el 1%.

Una década más tarde, tanto la OCDE (2011) como la propia ONU (2013), no harían sino corroborar esas tendencias, entre otros muchos informes de distintos organismos internacionales aparecidos desde entonces y que advierten cada vez más alarmantemente sobre una deriva desigualitaria que hará en breve que el 1% más rico posea más que el resto de la Humanidad (Credit Suisse, 2014).

También hay un reciente trabajo que ha cobrado importante difusión no sólo en medios académicos sino también extra-académicos, fundado en 15 años de investigaciones por un equipo internacional sobre 3 siglos de desigualdades en 20 países, recogido parcialmente en Piketti (2013). Más allá del desacierto del autor en identificar los elementos explicativos profundos de los procesos que descri-

be, es interesante aprovechar de esta investigación la constatación documentada de la tendencia a la desigualdad de las formaciones sociales capitalistas, que el autor ve expresada por el crecimiento permanentemente mayor de las tasas de rendimiento del capital (en forma de beneficios, dividendos, intereses, alquileres y otros ingresos anuales) frente a la tasa de crecimiento nacional (incremento anual del ingreso y de la producción). Así, la desigualdad de los rendimientos del capital en función del nivel inicial de fortuna ha ido creciendo exponencialmente. Por ejemplo, si el milil superior de población se ha beneficiado de un crecimiento de su patrimonio de 6% por año, mientras que la progresión del patrimonio medio mundial no ha crecido sino en un 2% anual, esto implica que en 30 años la participación de esa milésima de población más rica sobre el total del capital del planeta se habrá más que triplicado, detentando más del 60% del patrimonio mundial. Lo cual es difícil de imaginar no sólo sin violentas reacciones políticas, sino incluso que ese proceso se realice compatiblemente con las instituciones políticas actuales existentes en las formaciones sociales de capitalismo avanzado.

LA PRECARIZACIÓN

Dos conjuntos de procesos confluyen para sumar a la acentuación de la desigualdad una igualmente creciente precarización de la fuerza de trabajo, esto es, de las grandes mayorías sociales, no sólo en la mayor parte de las economías periférica sino también en los países de capitalismo avanzado.

En éstos, y a pesar de todos los esfuerzos realizados y del recurso a la explotación extensiva de vieja y nueva fuerza de trabajo, la composición orgánica del capital ha seguido aumentando. El incremento de la proporción de maquinaria en relación a la mano de obra ha tenido lugar en todos los sectores vinculados a la actividad de las empresas transnacionales. Especialmente responsable de ello ha sido la informatización de los procesos productivos, precisamente aquella que en principio estaba llamada a iniciar un nuevo ciclo de acumulación del capital.

Esto quiere decir que en las formaciones de capitalismo avanzado cada vez se hace más difícil la

vinculación entre capitalismo y asalarización. El empleo, la relación salarial, va agotándose como principal elemento de integración, de identificación y de fidelización de las nuevas generaciones. También como vehículo de acceso al «bienestar».⁶

Hacia el año 2006 el «efecto de reemplazo» —el reemplazo del trabajo manual por computadoras o elementos técnicos en general— se mantenía a un ritmo del siete por ciento anual en el sector de servicios. Lo que contribuyó estructuralmente al fin del empleo seguro.

Este proceso de sustitución del trabajo asalariado, polarizó el mercado laboral y eliminó los trabajos seguros y bien pagados, dejando un reducido sector de empleos con altos salarios que requieren de muy altas cualificaciones, mucha educación y capacitación, y una gran cantidad de empleos con muy bajos salarios para una mano de obra poco cualificada (Autor y Dorn, 2011). Esto contribuye a impedir generar suficientes empleos y salarios adecuados para mantener una robusta demanda final, y con ello las condiciones de posibilidad de mantener amplias clases medias.

En Europa se necesitarían unos 20 millones de empleos en los próximos años sólo para posibilitar el acceso laboral a las nuevas generaciones. Objetivo harto difícil de conseguir no sólo debido a los procesos de automatización, sino al muy lento crecimiento de las economías Comunitarias, que en algunos casos se mantienen muy próximas al estancamiento.

Pero el neoliberalismo financiero se ha concretado además en un conjunto de contrarreformas laborales que han constituido pasos hacia la regulación unilateral de los mercados laborales por parte del empresariado, con un poder cada vez más discrecional de éste.

La precariedad laboral resultante de ello es también del todo patente en aspectos como: a) La temporalidad laboral (en torno al 13,8% en la media Comunitaria; 23,1% en España); b) la importancia de las modalidades de trabajo sin relación laboral; c) la creciente extensión de la figura de los

«falsos autónomos»; d) la cada vez mayor dimensión de la economía sumergida (alrededor de un cuarto del PIB español); e) las peores condiciones laborales en relación a aspectos como los bajos salarios, el desajuste entre la formación adquirida y el puesto de trabajo desempeñado, la prolongación de la jornada laboral (a menudo sin compensación económica) y la flexibilidad horaria, así como la elevada incidencia de la siniestralidad laboral; f) el menor acceso a la protección social; y g) una tutela colectiva debilitada por el recorte de los derechos protegidos por las normas internacionales de trabajo, incluidas la libertad sindical, la negociación colectiva y la protección contra el acoso y la discriminación.

Toda esta *economía política de la inseguridad y el miedo laboral* (Bourdieu, 2001; Beck, 2002) coinciden en la disminución del valor de la fuerza de trabajo (pauperización) y por tanto en la reducción de su poder social de negociación. Lo que deja una población asalariada *en condiciones de hacer de ejército de reserva de sí misma*: contratada y despedida a discreción, abordará cada nueva relación laboral con un listón reivindicativo más bajo, con un menor poder social de negociación.

Con cada contrarreforma laboral y social crece también otra importante contradicción, pues al cerrarse otras vías de reproducción de la fuerza de trabajo, se muestra más acusada la dependencia de la vida en torno al salario, al tiempo que se hace más y más difícil el acceso al empleo asalariado. Contradicción que tiende a poner en peligro, según se hacen más necesarios, el conjunto de relaciones y trabajos no mercantiles, destinados a la reproducción social (regeneración de la fuerza de trabajo, protección de los sectores del Trabajo no atañidos ni por el Estado ni por el Mercado, etc.) o, en conjunto, a la reproducción de la Vida. No es de extrañar, entonces, que se reviertan con ello también las condiciones de posibilidad de emancipación de las mujeres, quedando por el contrario profundizadas la clave de género y la división sexual del trabajo, que sustentan todo el entramado productivo-repro-

⁶ No sólo porque se pierde sino también porque cuando se tiene ya no es garantía de salvación de la pobreza, al contrario de lo que pasara en la fase keynesiana en las formaciones centrales.

ductivo capitalista.⁷ Congruentemente con ello, en más y más formaciones sociales, y muy especialmente en las centrales, se va perdiendo la capacidad de reemplazo generacional (ver al respecto Dierckxsens, 2011).

Se hacen por eso cada vez más necesarios y relevantes los estudios que profundicen, a través de análisis diacrónicos, en las diferentes expresiones estructurales de desigualdad: de clase, de género, de generación y también la que marca la autoctonía-heteroconía es decir, la que divide a la fuerza de trabajo entre «nacionales» e «inmigrantes», entre otras.

Así, por ejemplo, es importante tener en cuenta que el empleo de la población entre 16 y 29 años en España ha registrado entre 2008 y 2012 un descenso de 1,9 millones de personas, que representan el 67% del total de población que ha perdido su trabajo en este período, siendo el factor más determinante de su mayor vulnerabilidad la notable precariedad laboral, que constituye el rasgo estructural más relevante —y casi «naturalizado»— de la situación laboral de ese segmento edatario de la población.

También puede contrastarse que si durante la primera fase de la crisis 2007-2008 la tasa de paro de los extranjeros creció más lentamente que la tasa de paro de los nativos, la misma cambia a partir del cuarto trimestre de 2008 cuando los «autóctonos» tienen una tasa de paro del 12,5% y los «inmigrantes» del 21,3%, pasando el primer trimestre de 2009 al 15,2% y 27,1% respectivamente. Diferencia que se mantiene al alza hasta la fecha, pero en porcentajes superiores de las dos tasas: 24,25 y 37,7.

Más allá del terreno ético, cada vez son más los estudios sociales y económicos que insisten en que una excesiva desigualdad está vinculada a la insostenibilidad de la acumulación capitalista. Las sociedades basadas en la pulsión individual (el individualismo posesivo) y en las que la desigualdad alcanza los desorbitados niveles actuales, empiezan a ver peligrar no sólo su cohesión y estabi-

lidad sino también su viabilidad a medio plazo. Es un reto para la Ciencia Social implicarse en la lucha contra ello.

BIBLIOGRAFÍA

- AUTOR, D. y DORN, D. (2011). «The Growth of Low Skill Service and the Polarization of the U.S. Labour market», en <<http://econ-www.mit.edu/files/1474>>.
- BECK, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Siglo XXI. Madrid.
- BOURDIEU, P. (2001). *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*. Anagrama. Barcelona.
- BRENNER, R. (2009). *La economía de la turbulencia global*. Akal. Madrid.
- CREDIT SUISSE (2014). «Global Wealth Report», en <http://economics.uwo.ca/people/davies_docs/credit-suisse-global-wealth-report-2014.pdf>.
- DIERCKXSENS, W. (2011). «Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?», en A. PIQUERAS y W. DIERCKXSENS, *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.
- DUMENIL, G. Y LEVY, D. (2006). «La finance capitaliste: rapports de production et rapports de classe», en S. de BRUNHOFF, F. CHESNAIS, G. DUMÉNIL, M. HUSSON y D. LÉVY, *La finance capitaliste*. Actuel Marx Confrontation. PUF. París.
- HARMAN, CH. (2007). «The rate of profit and the world today», en *International Socialism*, n° 115, en <<http://www.isj.org.uk/?s=contents&issue=115>> (versión en español en <<https://www.marxists.org/espanol/harman/2007/001/index.htm>>).
- HARVEY, D. (2007). *El nuevo imperialismo*. Akal. Madrid.
- LACROIX, J-G. y TREMBLAY, G. (1997). «The 'Information Society' and Cultural Industries

⁷ Se cronifica, de esta forma, la contradicción de género inherente a la dinámica de desarrollo capitalista: por un lado el capital genera condiciones renovadas para la destrucción de las relaciones domésticas que desató en su origen, al empujar a las mujeres al ámbito de la producción y la esfera pública. Por otro, en cambio, niega permanentemente la posibilidad de terminar de romper el lazo de subordinación de género.

- Theory», en *Current Sociology*, Vol.45, 4. Sage Publications. Londres.
- LÓPEZ, I. y RODRÍGUEZ, E. (2010). *Financiación, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- LUCARELLI, S. (2009). «La financiarización como forma de biopoder», en A. FUMAGALLI; S. LUCARELLI; Ch. MARAZZI; A. NEGRI y C. VERCELLONE (2009). *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- MOSELEY, F. (1991). *The Falling Rate of Profit in the Post War United State Economy*. Macmillan Academics and Professionals. New York.
- MOSELEY, F. (1997). «The Rate of Profit and the Future of Capitalism», en *Review of Radical Political Economics*, vol. 29, 4: 23-41.
- OCDE (2011). «An Overview of Growing Income Inequalities in OECD Countries: Main Findings», en <<http://www.oecd.org/social/soc/49499779.pdf>>.
- OIT [Organización Internacional del Trabajo] (2012). «Tendencias mundiales del Empleo 2012. Prevenir una crisis mayor del empleo», en <<http://www.ilo.org/public/spanish/region/eurpro/madrid/download/tendenciasmundiales2012.pdf>>.
- ONU (2013). «Inequality Matters. Report of the World Social Situation», en <<http://www.un.org/esa/socdev/documents/reports/InequalityMatters.pdf>>.
- OXFAM (2014). «Gobernar para las élites. Secuestro democrático y desigualdad económica», en <<http://www.oxfamintermon.org/sites/default/files/documentos/files/bp-working-for-few-political-capture-economic-inequality-200114-es.pdf>>.
- PIKETTI, T. (2013). *Le capital au xxie siècle*. Seuil. Paris.
- PIQUERAS, ANDRÉS (2011). «Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico. Una perspectiva marxista», en Andrés PIQUERAS y Wim DIERC-KXSENS (eds.) *El colapso de la globalización* (2011). El Viejo Topo. Barcelona.
- PIQUERAS, ANDRÉS (2014). *La opción reformista. Entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase*. Anthropos. Barcelona.
- UNU-WIDER (2008). «The World Distribution of Household Wealth», en <http://www.wider.unu.edu/publications/working-papers/discussion-papers/2008/en_GB/dp2008-03/>.